

# La comunidad simbólica del manto de Iris o la huella de un sueño\*

[20]

**Georges Lomné**

Profesor de la Universidad de  
Marne-la-Vallée, Francia

*Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los mares dulces; ha subido sobre los hombres gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por los rastros de Iris, y ¿yo no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? —Sí podré!*

Simón Bolívar

*Mi delirio sobre el Chimborazo,*  
Loja, 13/X/1822.

*Padre de la Patria Simón Bolívar,  
cúbreme con tu manto de Iris y ayúdame.*

Rezo personal de un  
maestro venezolano, 1985<sup>1</sup>.

## INTRODUCCIÓN

EL “SUEÑO BOLIVARIANO” QUE NUMEROSOS latinoamericanos presentan hoy como prueba ontológica de su fraternidad de civilización, difiere, por naturaleza, de la “asociación de los cinco grandes estados de la América” que entreveía el Libertador a principios de 1821: “La imaginación no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso, que semejante al Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá a

\* Conferencia de apertura de la tercera promoción de la Maestría en Estudios Políticos del IEPRI (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá): “Por una geopolítica del símbolo: las naciones del arco iris”. 10 de septiembre de 2001.

<sup>1</sup> Con respecto a la hermeneútica religiosa del delirio que practica la gente humilde en Venezuela, véase Salas de Lecuna, Yolanda. *Bolívar y la historia en la conciencia popular*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, 1987, pp. 110-112.

la América unida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?”<sup>2</sup>.

Este proyecto de una “nación de repúblicas” que pudiera hacer contrapeso a la Santa Alianza a fin de lograr el “equilibrio del universo” remitía a la efímera utopía de un “Hemisferio occidental” republicano, elaborada por entonces en los círculos de Filadelfia y no debe ser confundida con la aspiración a la “nación la más grande del mundo”, de índole más cultural, a la que se refiere la famosa *Carta de Jamaica*. Con todo, a esta última se atienden en rigor los ensayistas y trovadores que celebran a “Nuestra América” en menosprecio del anglosajonismo, olvidándose por completo de que el Libertador, no obstante encontrar en los americanos del norte el “carácter de heterogéneos para nosotros”<sup>3</sup>, ponía sus aspiraciones de integración continental bajo los auspicios de Inglaterra y de su modelo de civilización. Además, conviene recalcar que la luz que siguen proyectando las tentativas de Liga Panamericana –asociada al Congreso de Panamá– y de Federación de los Andes, no deben eclipsar la supervivencia de un ensueño primordial: la República de Colombia tal como el Congreso de Angostura la proclamó constituida, el 17 de diciembre de 1819<sup>4</sup>. A esta “Grande Nación”, unitaria en su principio, el Libertador consagró una prosopopeya: *Mi delirio en el Chimborazo*. Lo mismo que Ossian con Napoléon, el “Tiempo” le dirige la palabra a Bolívar, un Bolívar poseído del “Dios de Colombia”, y le indica el símbolo de la regeneración de esta parte del mundo: el manto de Iris<sup>5</sup>. Este ensayo busca demostrar que ese adorno ha justificado ampliamente desde aquel entonces el aserto de Georges Duby: “No es menos real la

huella de un sueño que la de un paso”.

El 9 de septiembre del año 2000, Ecuador abandonó el Sucre en beneficio del Dólar americano. La resignación de algunos, que formaban largas colas delante de las agencias del Banco Central, así como la rabia que expresaban los demás al grito de “¡El sucre no se muere, carajo!”, acentuaban el sentimiento de que en aquel día la gente presenciaba las exequias de la Nación. En la plaza de Santo Domingo, en Quito, una mano anónima depositó una corona de flores blancas al pie de la estatua del mariscal epónimo de la moneda nacional. Otra desplegó en su sable la bandera tricolor, el “manto de Iris” de la Colombia bolivariana en cuyo nombre había liberado la ciudad, quitándola a los realistas el 24 de mayo de 1822. Aquel 9 de septiembre, a principios de la tarde, una muchedumbre abigarrada de artistas y gente humilde de los barrios del casco colonial procedió a “lavar al país” en un acto de simbólica relevancia: se pusieron a enjabonar la bandera tricolor delante de una estatua de la Virgen del Cisne antes de llevarla en procesión hasta el cementerio de San Diego en donde sepultaron a una efigie de cartón del signo monetario<sup>6</sup>.

Esta parodia nos parece anunciatora de la trascendencia a la cual ha llegado hoy en día, en la zona noroandina, la simbólica política de raíz bolivariana. Basta con evocar *inter alia* la voluntad del presidente venezolano de encarnar la figura del Libertador y de volver a definir la Nación en términos de “República Bolivariana”<sup>7</sup>, o el favor que han venido dando últimamente a esta herencia las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC<sup>8</sup>. No es menos sorprendente la afición que todos proclaman a la bandera tricolor de sus ejércitos, que un antece-

<sup>2</sup> Comunicación de Bolívar para el Director Supremo de Chile (Cali, 8 de enero de 1822); el Protector del Perú y el Director Supremo de Buenos Aires (Cali, 9 de enero de 1822). En: *Escritos del Libertador*. Tomo XXII. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1989, pp. 33-37.

<sup>3</sup> Carta de Bolívar a Santander, Arequipa, 30 de mayo de 1825.

<sup>4</sup> Hizo gala de confesar el Libertador en la sesión extraordinaria del Congreso de Venezuela reunido en Angostura, el 14 de diciembre de 1819: “La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas”.

<sup>5</sup> Sobre la simbólica del arco iris, véase *L'Arc-en-ciel. Figures*. No. 20. Dijon: Éditions Universitaires de Dijon, 2000, p. 177.

<sup>6</sup> *El Comercio*. Quito, 10 de septiembre de 2000.

<sup>7</sup> Véase el Título I (Principios fundamentales), Artículo 1, de la Constitución aprobada por referendo el 15 de diciembre de 1999.

<sup>8</sup> Véase el discurso de creación del “Movimiento bolivariano por la Nueva Colombia” (29 de marzo del 2000) en la página web de esta organización. En: <http://www.contrast.org/mirrors/farc/Comunicados/mbnc/lanzamiento.html>

sor, Francisco de Miranda, imaginó ya en 1788, inspirándose en el escudo de Cristóbal Colón, donde aparecían en franjas horizontales los colores primarios del arco iris: el amarillo, el azul y el rojo<sup>9</sup>. Colombia, Ecuador y Venezuela comparten hoy tan ilustre bandera que los franceses no suelen conocer sino por los paquetes de café, y que hasta los guerrilleros en lucha contra esos mismos estados llevan en el brazo en forma de escarapela. Al extremo opuesto, la Confederación de las Nacionalidades Indígenas del Ecuador, Conaie –que contribuyó en enero de 2000 al derrocamiento del presidente Jamil Mahuad–, no vacila en desdeñar esta bandera en beneficio de inquietantes banderas de color negro a las que presentan como los estandartes del Inca Atahualpa y de su fiel general Rumiñahui. La figura misma de Bolívar aparece considerada como ajena al proyecto político indígena<sup>10</sup>.

Este conjunto de lógicas contradictorias de apropiación y de rechazo constituye, a nuestro parecer, el síntoma de la crisis identitaria más aguda que ha conocido esta región de América desde que se emancipó de la monarquía española. Si como Lucien Sfez lo expresó muy justamente, “la simbólica no pasa nunca de ser un remedio, hasta se podría decir un placebo, a la crisis de la representación política”<sup>11</sup>, ¿que será de estas naciones si la misma “administración del símbolo” se desvirtúa o se anula? No se podrá adelantar ningún elemento de respuesta a esta pregunta sin tomar en cuenta un proceso histórico de larga duración. Pese a Hegel, en la región que consideramos, “el espíritu de racionalidad y de libertad”<sup>12</sup> pronto se erigió en principio de gobierno. En consecuencia, se planteó la cuestión de la simbólica nacional-republicana más temprano que en numerosos países de Europa, presentando un cariz agudo que remitía a la necesidad de justificar la multiplicidad de las identidades en unos países carentes del argumento cultural que lo permitiera.

## EL “ESPEJO ROTO” DE LA COLOMBIA

### BOLIVARIANA (1820-1849)

#### La invención heráldica de tres naciones

Murió la “Gran Colombia” en 1826 por su incapacidad de fomentar una “comunidad del olvido”<sup>13</sup> tal como la formulara Ernest Renan para Francia, a finales del siglo XIX. Después de la batalla de Ayacucho, que asienta la victoria definitiva de la causa independentista, los intereses regionales se sobrepusieron a la ambición de un Estado centralizado que pudiera agregar el Virreinato de la Nueva Granada a la Capitanía General de Venezuela. Sin embargo, por singular paradoja, no correspondió dispersión simbólica alguna a la disgregación territorial de 1830-1831. Las tres nuevas repúblicas –“Ecuador en Colombia”, el “Estado de Venezuela” y la “Colombia-Estado de la Nueva Granada”– permanecieron fielmente adictas a las armas y a la bandera de la Colombia bolivariana. Si tras un incidente naval con Francia, la Nueva Granada y Venezuela decidieron dotarse de una heráldica propia en 1834 y 1836, hubo que esperar a 1845 para que la derrota del general Flores, interpretada como la del “partido del extranjero”, permitiera la promulgación de un decreto según el cual “se restablece la nacionalidad ecuatoriana”<sup>14</sup>, abriendo campo a la creación del escudo que le conviniera.

Desde entonces, en los tres países, los símbolos de la libertad de los modernos superaron a los de la libertad de los antiguos. Así, en el proyecto neogranadino de 1834, el genio de la paz sustituye al de la libertad, y el casco adornado de plumas tricolores da paso a una corona de espigas de trigo. Sin embargo, el presidente Santander procuró oponerse a que desaparecieran el “gorro rojo enastado en una lanza como símbolos de la libertad” en lugar del “caballo de plata” inicialmente deseado por el Senado con el fin de simbolizar “la independencia de la Repú-

<sup>9</sup> Véase Piñeros Corpas, Joaquín. *Historia de la bandera colombiana*. Bogotá: Imprenta de las Fuerzas Militares, 1967, pp. 87-88.

<sup>10</sup> En palabras de Nina Pacari, dirigente indígena de Pachakutik y vicepresidente del Congreso ecuatoriano, durante el Simposio “El sueño de Bolívar”, Biarritz, 28 de septiembre de 2000.

<sup>11</sup> Sfez, Lucien. *La Symbolique Politique*. París: P.U.F., 1988, p. 6.

<sup>12</sup> Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *La Raison dans l’Histoire. Introduction à la Philosophie de l’Histoire*. París: 10/18, réed. 1978, p. 237.

<sup>13</sup> Renan, Ernest. *Qu'est-ce qu'une Nation?* [1882]. París: Presses Pocket, 1992, p. 42.

<sup>14</sup> Barrera, J. Ricardo. “Pabellones y escudos de la República del Ecuador”. En: *Museo Histórico*, No. 20. Quito, 1954, p. 143.

blica”<sup>15</sup>. Un mes antes, ¿no habían querido los venezolanos colocar un caballo blanco en su escudo para significar el carácter “indómito” de su nación? Los mismos habían renunciado también al arco y a la flecha indígenas previstos en el cuartel izquierdo del escudo, optando por “la espada y la lanza que hacen tan temibles a nuestros guerreros y pueden denotar el triunfo de pueblos cultos y civilizados”, y habían abandonado la idea de un sol radiante por la de un manojo de espigas de trigo<sup>16</sup>. De esta manera, las metáforas de la India y del astro solar, tan amadas por Bolívar, se veían arrinconadas por el ideal de progreso y abundancia. Los ecuatorianos, bajo la influencia de Vicente Rocafuerte, lo manifestarían a su manera colocando un barco de vapor en su escudo.

Otro registro simbólico intentó dar cuenta de los emblemas geográficos de la Nación. Fue así como los neogranadinos incluyeron al Istmo de Panamá en su escudo con la esperanza de que fuera algún día el “emporio del comercio de ambos mundos”. Por su parte, los ecuatorianos escogieron en 1845 al volcán del Chimborazo vinculado con el *Delirio* poético de Bolívar, mientras que los venezolanos consideraron que el caballo era suficientemente evocador del Llano, donde ubicaban el origen mítico de su Independencia. Por fin, conviene recalcar la resistencia del águila frente al cóndor, aun estando este último vinculado a la esencia del americanismo andino. En 1821, el propio *Correo del Orinoco* no se quiso pronunciar sobre la identidad de la figura animal -“Una águila o condor armado de una espada y de una granada”– que ornaba el centro de la estampa de la primogénita Gaceta del “Gobierno libre e independiente de Cundinamarca”<sup>17</sup>. En este caso, la confusión de las referencias se debía obviamente a la pregnancia de una heráldica heredada de la Patria Boba, que aliaaba el águila de Castilla con el

gorro frigio. En Ecuador, la resistencia prolongada del águila al cóndor se explica más bien por la fuerza del registro norteamericano y del modelo napoleónico.

#### LA INDIVIDUACIÓN DE LOS ORÍGENES

Muy temprano, el relato de la Nación vino en apoyo del registro abstracto y frío de los escudos. En la época de Bolívar, dos espejos reflejaban la imagen de la identidad. El primero daba la ilusión de unos criollos independentistas resucitando a los Incas de Marmontel<sup>18</sup>. La inclinación del Libertador hacia estos últimos y las tragedias indigenistas de José Fernández Madrid o de Luis Vargas Tejada lo atestiguan<sup>19</sup>. Empero, si el *Canto a Junín* de Joaquín de Olmedo llevó esta manía al paroxismo, el Libertador nunca se ilusionó por el artificio romántico de estas transposiciones de *Atala*: su “fuente de virtud” remitía más bien a la antigüedad clásica<sup>20</sup>. En este segundo espejo, los rasgos heroicos de la gesta independentista cobraban todo su brillo. De esta última, la *Historia de la revolución de la República de Colombia* de José Manuel Restrepo que se publicó en París en 1827, sentó las normas. La obra, por mucho que obedeciera a la ambición de una reconstitución positiva de los acontecimientos, quedó tributaria de las convenciones narrativas de la epopeya patriótica. Además, la complicidad que había mantenido este antiguo ministro del Libertador con los actores de su libro confirió a este relato fundador el carácter de una “prisión historiográfica”<sup>21</sup>.

Zapadas por sus gastos militares y su incapacidad para recaudar la renta pública, las repúblicas nacidas del desmembramiento de la Colombia bolivariana se afanaron más por inventariar sus recursos que por defender las adquisiciones del nuevo pacto social republicano. Por otra parte, ya que el trazado de las fronteras en-

<sup>15</sup> Véase Ortega Ricaurte, Enrique. *Heráldica Nacional*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República, 1954, p. 94.

<sup>16</sup> Véase Vargas, Francisco Alejandro. *El Escudo de Armas de la República*. Caracas: Ediciones Centauro, 1981.

<sup>17</sup> Roderick, Andrés. *Correo del Orinoco*. No. 41. Angostura: Impresor del Supremo Gobierno, sábado 23 de octubre de 1819, p. 2. Sobre la simbólica del águila para los Antiguos como para los Modernos, véase Chazot, M. *De la Gloire de L'aigle*. París: Aux archives du Droit français, 1809, p. 380.

<sup>18</sup> *Les Incas ou La Destruction de L'empire du Pérou par M. Marmontel*. Volumen 2. París: Lacombe, 1777, pp. 204 y 251

<sup>19</sup> Véase Madrid, José Fernández. *Guatimoc o Guatimocín. Tragedia en 5 actos*. París: Imprenta de J. Pinard, 1827, p. 100; Tejada, Luis Vargas. *Sugamuxi*, 1826, y *Doraminta*, 1828.

<sup>20</sup> Bolívar, Simón. “Discurso de Angostura”, 15 de febrero de 1819.

<sup>21</sup> Colmenares, Germán. “La historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”. En: *La Independencia. Ensayos de historia social*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7-23.

tre los nuevos estados dependía de la estricta aplicación del principio del *Uti Possidetis Juris*, era de suma importancia disponer de un conocimiento perfecto de los límites administrativos de la época colonial. Las misiones corográficas en las cuales se empeñaron Venezuela y la Nueva Granada, entre 1834 y 1850, conciliaron estos dos objetivos. Fue en esta ocasión cuando el venezolano Rafael María Baralt recibió las felicitaciones de Berthelot por haber sabido describir una “identidad nacional”<sup>22</sup>. En la Nueva Granada, una tarea similar incumbió a los historiadores Joaquín de Acosta y José Antonio de Plaza mientras que en Ecuador la publicación póstuma de la *Historia del Reino de Quito* del Padre Juan Manuel de Velasco desempeñó igual papel. Entonces, en 1850, la herencia colonial estaba integrada en el proceso de invención nacional de los tres estados. Poco importaba todavía que lo fuera, a menudo, bajo el estandarte del anticlericalismo y con el afán de historiar la Independencia.

Sin embargo, desde el punto de vista de su impacto, estas obras no podían competir con los himnos<sup>23</sup> que el pueblo –por iletrado que fuese– entonaba en las plazas. Una serie de imágenes fundamentales se difundieron por este medio. En primer lugar, la metáfora de la irrupción del día con el fin de significar que la Independencia era una “palingenesia del mundo”<sup>24</sup>, una aurora que borraba tres siglos de Colonia española. La Regeneración política encontró así su pueblo de referencia en los “hijos del sol”. En segundo lugar, el *leitmotiv* de la unidad que preservar: unidad de la causa americana en los años 1810-1820 y, luego, de la Nación en los años 1830. Por fin, la imagen del “Padre de la Patria”<sup>25</sup>, el único que podía asegurarla: Bolívar al principio, y luego Flores en Ecuador o Páez en Venezuela. Como

en el caso de la heráldica, es preciso señalar que a partir de los años treinta del siglo XIX, el registro de la paz y de las leyes sustituyó al de la *époxy magna*. El civilismo se iba nutriendo de la leyenda negra del cesarismo bolivariano. En esta región del mundo, el mensaje expresado en 1814 por Benjamín Constant en *De L'esprit de Conquête et de L'usurpation* había sido asimilado mejor que en otras<sup>26</sup>.

#### El nacimiento de un folclor republicano

Podemos dudar –a falta de un dispositivo que haga posible administrarlas– de la eficacia de estas “figuras de curación”, según la acertada fórmula de Lucien Sfez, constitutivas de los emblemas y mitos nacionales. En tiempos de la “Gran Colombia”, el teatro y las fiestas llegaron a ser el medio idóneo para cumplir tal objeto. Permitían la escenificación de imágenes vivas adecuadas para inclinar las almas al patriotismo más puro. Por eso se exhibía continuamente el sacrificio de Antonio Ricaurte prendiendo fuego a las pólvoras de San Mateo, con el fin de sepultar al enemigo monárquico, o el de la joven Policarpa Salavarrieta fusilada en plaza pública por haber confesado su ardor patriótico. Durante las fiestas cívicas, unas pantomimas desempeñaban un papel similar: en Barichara eran ninjas, las cuales figuraban a las jóvenes repúblicas americanas, que “arrojaron del teatro” a una “vieja decrépita que simbolizaba a la España”<sup>27</sup>. En contrapunto, el culto a Bolívar se iba desarrollando. Para los pueblos, su figura no sólo encarnaba la Regeneración política sino también “el lazo que los ligue a Colombia”, según la fórmula de Sucre.

Al “Caudillo de la Nación colombiana” sucedieron los caudillos de las patrias chicas. Todos, con excepción de Santander, se aficionaron al

<sup>22</sup> Baralt, Rafael María. *Obras completas*. Tomo I. Maracaibo: Editorial de la Universidad de Zulia, 1960, p. 514.

<sup>23</sup> Véase Espinosa Polit, Aurelio. *Reseña histórica del himno nacional ecuatoriano*. Quito: Talleres Gráficos Nacionales, 1943, p. 95; Vargas, Francisco Alejandro. *Los símbolos sagrados de la nación venezolana*. Caracas: Ediciones Centauro, 1981, pp. 135-143.

<sup>24</sup> Véase Marienstras, Élise. *Nous, le Peuple*. París: Gallimard, 1988, capítulo XVIII, con el fin de establecer el paralelo que conviene con los Estados Unidos.

<sup>25</sup> Véase Tovar Zambrano, Bernardo. “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”. En: *Pensar el pasado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Archivo General de la Nación, 1997, pp. 125-169.

<sup>26</sup> Véase nuestro artículo: “A L'école de L'esprit du Siècle: Vicente Rocafuerte (1820-1847)”. En: Lempérière, Annick; Lomné, Georges; Martinez, Frédéric y Rolland, Denis, (directores). *L'Amérique Latine et les Modèles Européens*. París: Éditions l'Harmattan, junio 1998, pp. 197-240.

<sup>27</sup> *Fondo historia civil*. Tomo VI. Bogotá: Archivo General de la Nación, Sección Republicana, pp. 854-857.

“lujo asiático” que tanto se le había reprochado a los triunfos bolivarianos. El aparato barroco de la gloria permaneció intacto por muchos años debajo de los ideales republicanos, dando cuerpo a las “amalgamas”<sup>28</sup> que Maurice Agulhon ha podido estudiar en la Francia posrevolucionaria. Ilustran esta circunstancia Juan José Flores en Ecuador, Antonio Páez en Venezuela y Tomás Cipriano de Mosquera en la Nueva Granada. Empero, más allá del culto a sus césares, las jóvenes repúblicas se afanaron en celebrar su propia epifanía al inventar la fiesta nacional. La desaparición del Libertador y la del calendario cívico que le iba asociado, abrieron camino a otras fechas fundadoras: las proclamaciones de las juntas de gobierno de los años 1809-1810 y las declaraciones de independencia absoluta con respecto a la monarquía. De esta manera, ya en 1834 Venezuela había señalado como sus “grandes días nacionales” los 19 de abril y 5 de julio. En Ecuador, como en la Nueva Granada, la autoridad del calendario religioso y la competencia de las celebraciones provinciales frenaron este proceso durante mucho tiempo. En Ecuador, no apareció la fiesta del 10 de agosto antes de 1837. En la Nueva Granada, hizo falta esperar hasta 1842 para que, terminada la “guerra de los Supremos”, se les ocurriera a los vencedores dar una dimensión nacional a la “fiesta provincial” del 20 de julio. Los azares del calendario quisieron que su primera celebración, en 1849, ¡diera ocasión de celebrar conjuntamente en Bogotá la República de la Nueva Granada y la de Lamartine!<sup>29</sup>

Pero según advierte Ernest Renan en el caso de Francia: “Si de recuerdos nacionales se trata, más valen los lutos que los triunfos puesto que imponen deberes, y demandan un esfuerzo en común”<sup>30</sup>. Un clérigo quiteño atestigua esta verdad en 1822: “Mas no importa que se obstinen (los españoles), pues a la Patria le ha sucedido lo propio que al cristianismo en su cuna, que la sangre fecunda de cada uno de sus mártires ha sido el germen de don-

de han brotado millares de atletas (...)”<sup>31</sup>. A lo largo de los años, el panteón de la Patria –asimilada a América– se había enriquecido con numerosos héroes civiles y militares. A partir de 1830, estos héroes fueron objeto de una naturalización forzada que provocó determinadas contiendas con respecto al retorno de sus cenizas a patrias inéditas. Ecuador y Perú pelearon por las cenizas del mariscal La Mar mucho antes de que Colombia se resignara a devolver las de Carlos Montúfar a Ecuador, o que este país pusiera obstáculo a la devolución de las del mariscal Sucre a Venezuela. Descuella entonces por su atmósfera consensual el regreso de las cenizas de Simón Bolívar a Caracas, en 1842. Además de brindar la oportunidad de imitar el “último vuelo del águila” orquestado por Louis-Philippe dos años antes, hace falta admitir que se procuró saciar un murmullo memorial que se manifestaba de múltiples maneras en favor del Libertador.

#### EL NACIONAL-REPUBLICANISMO COMPARTIDO (1850-1920)

La transposición simbólica de “la guerre des deux France”

Hubiera sido algo paradójico que las jóvenes repúblicas nacidas del desmembramiento de la Colombia bolivariana perpetuaran voluntariamente los mitos y símbolos que nutrían a esa “Grande Nación”. Durante el decenio de los años 1830, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada, se repudió primero al Libertador. Luego, la *damnatio memoriae* se aferró al símbolo más directamente vinculado a su gloria y a sus triunfos militares: el “Iris de Colombia”. En 1834, la Nueva Granada abandonó el “Pabellón colombiano” en favor de otro que, aunque había conservado los colores primarios del arco iris, “no se ha ilustrado por ningún triunfo”<sup>32</sup>. Ecuador a su vez, lo abandonó en 1845 en beneficio de la bandera bicolor –blanca y azul– de los patriotas guayaquileños que acababan de derrocar al general Flores en nombre del civilismo y del pro-

<sup>28</sup> Agulhon, Maurice. “Politiques, images, symboles dans la France post-révolutionnaire”. En: *Histoire vagabonde*. París: Gallimard, 1988, p. 299.

<sup>29</sup> Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá, BNCB, Fondo Pineda. No. 371 (4). 20 de julio. *Fiestas nacionales*.

<sup>30</sup> Renan. Ob. cit., p. 55.

<sup>31</sup> Bravo, José. “Oración gratuloria”, Catedral de Quito, 27 de mayo de 1822. En: *Museo Histórico*, No. 24. Quito, 1956, p. 133.

<sup>32</sup> Restrepo, José Manuel. *Diario político y militar* (1819-1858). Tomo II. Bogotá: Imprenta Nacional, 1954, p. 340.

greso<sup>33</sup>. A mediados del siglo, el desarrollo de los conflictos ideológicos contribuyó a la mayor confusión, según lo refleja en un folleto satírico que corría en Bogotá. Éste describía un “almacén de los estandartes”<sup>34</sup> ubicado en la “carrera del siglo 19, calle 51 [1851]”. Un “jovencito” atendía al cliente de la siguiente manera: “¿Lo quiere usted à la dernière?”. Y en un abrir y cerrar de ojos, se le estaba poniendo a la vista el estandarte del *socialismo*, “flamante” pero “cortado exclusivamente para la Francia”; el de la *democracia*, “bastante usado, i aun así es de moda”; el de la *religión*, de la *libertad*, de la *igualdad* y de los *principios*, éstos tres últimos “tan usados que estoí seguro no le acomodarán”. Al final, el vendedor “como vacilando” enseñaba otro “más viejo; pero mui a la moda”: ¡el “tricolor colombiano”! Esta anécdota, además de concretar la dispersión simbólica, nos advierte con mayor claridad la importancia que iba a tener la referencia a Francia hasta la primera guerra mundial.

En 1848, habían dejado de ser huérfanas nuestras tres repúblicas, ya que la Francia ideal coincidía de nuevo con la Francia real. La figura mariana proporciona un ejemplo vivo del vasto proceso de apropiaciones y rechazos simbólicos que empezó entonces. Irrumpe en un tipo monetario ecuatoriano en 1858 y da lugar a adaptaciones gráficas en Venezuela como en Colombia, pero termina fracasando la adopción por razones que no podemos sino sugerir: la figura de Bolívar, que ocupaba el espacio simbólico de la Libertad, y la figura mariana, que había sido asociada desde el principio a las victorias de la Independencia, no dejaron lugar para una alegoría abstracta de índole laica. De esta manera, a partir de 1859, es a la “hija mayor de la Iglesia” y ya no a la “hija mayor de los Derechos del Hombre” a quien llama un país como Ecuador. Al fracasar sus primeras tentativas de colocar al país bajo el protectorado de Napoleón III<sup>35</sup>, Gabriel García Moreno decidió emprender la consolidación de la república bajo la égida de una autocracia católica que se inspirara a la par en la Colombia bolivariana y

en el Segundo Imperio francés. De máxima significación fue en esta óptica el restablecimiento en 1860 de la “antigua bandera colombiana” –o sea “la antigua bandera ecuatoriana”– debido a que “a la bandera tricolor están asociados grandes recuerdos de triunfos espléndidos, virtudes heróicas i hazañas casi fabulosas”<sup>36</sup>. A los pocos años, en 1865, indignado por la expedición española en las costas de Chile y Perú, el secretario del Senado ecuatoriano, el conservador Juan León Mera, decidió redactar un verdadero himno nacional considerando que la letra del anterior –no suponía que fuera de Joaquín de Olmedo, sino del músico Juan José Allende– “era ruin”<sup>37</sup>. La nueva versión, al celebrar el “hermoso iris”, tenía un evidente corte heroico. Hacia 1878, Colombia también emprendió una “Regeneración” cuya fuente sacaba agua de los dos manantiales del catolicismo y del bolivarianismo. Al igual que Gabriel García Moreno, el presidente Rafael Núñez dotaría a su país de una Constitución centralista. En julio de 1887, el país recobró su apelación bolivariana de “República de Colombia” en menoscabo de la de “Estados Unidos de Colombia”. Aquel mismo año, Núñez dio a su patria un himno nacional y restableció en su forma originaria la bandera tricolor del arco iris, abandonando las nueve estrellas que la habían adornado durante el período federal. ¡A finales del siglo, pues, los tres países enarbocaban de nuevo el “manto de Iris” bolivariano! La convergencia de sus himnos hacia una glorificación exclusiva del heroísmo guerrero de la Guerra de Independencia sustentó el sentimiento de haber vuelto a una comunión en torno a la figura del Libertador.

Sobran argumentos ya para afirmar que al aflojar el proceso de individuación simbólica en la segunda mitad del siglo, los tres países se pusieron al compás de la “guerra de las dos Francias” hasta trasponerla tal cual. El hecho queda bastante ilustrado por las dilaciones del Ecuador en cuanto a su participación en la Exposición Universal de 1889. Fundándose en la

<sup>33</sup> “El tricolor nacional ecuatoriano. Historia-significación-origen”. En: *Museo Histórico*. No. 39-40. Quito, 1961, pp. 37-58.

<sup>34</sup> Pinzón, Cerveleón. *Sueño de un granadino*. Bogotá: Imprenta de “El día”, 1851, p. 63.

<sup>35</sup> Véase Spence Robertson, William. “El sueño de García Moreno sobre un protectorado en el Ecuador”. En: *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. No. 65. Quito, enero-junio de 1945, pp. 67-80.

<sup>36</sup> Decreto de Gabriel García Moreno del 26 de septiembre de 1860. Véase *Fondo Jijón y Caamaño*. Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador, referencia 46/216, folio 276.

<sup>37</sup> León Mera, Juan. “Réplica a Don Manuel Llorente Vásquez”. Ambato: Imprenta de Salvador R. Porras, 1888. Citado por Espinosa Polit. En: Espinosa. Ob. cit., p. 27.

opinión del arzobispo de Quito y de unos cuantos autores franceses<sup>38</sup>, el Senado se negó a ratificar la participación del país a un “banquete de Lucifer” en el cual triunfarían a la par el hierro y el jacobinismo. El presidente Antonio Flores Jijón defendió los principios de 1789 por estar exentos de ateísmo, y apeló al clero ecuatoriano valiéndose de las instrucciones del Papa León XIII, ¡y de la opinión del obispo de Angers, Monseñor Freppel!<sup>39</sup> Organizó luego una suscripción popular gracias al apoyo de los negociantes de Guayaquil. A estos ecuatorianos, de por sí más franceses que los propios naturales, ¡la Tercera República francesa ofreció *in extremis* un simulacro de templo inca al pie de la Torre Eiffel!<sup>40</sup> De igual manera, la fraternidad que en dicha ocasión sellaron las “repúblicas hermanas” contra el “boulangisme”, contribuyó ciertamente a enardecer el furor estudiantil que derribó en Caracas, el 26 octubre de 1889, las dos estatuas que había erigido a su propia imagen Guzmán Blanco, el “Ilustre americano”<sup>41</sup>. El 28 de octubre, por poco le acontece algo parecido a la estatua del Libertador, ¡por el mero hecho de mencionarse en la placa que la había erigido Guzmán Blanco! Al amparo de las bayonetas, se modificó la inscripción con el fin de indicar que fue la Nación la que la erigió en 1874<sup>42</sup>. En otros sitios, la “estatuomanía” de aquel fin del siglo copiaba las normas de la Tercera República francesa para afianzar un sentimiento identitario exento de autoridad. Así, pues, en 1892, Guayaquil dedicó una estatua muy hermosa al prócer menos guerrero de su emancipación: Joaquín de Olmedo<sup>43</sup>.

Jean Alexandre Falguière esculpió al poeta sentado en actitud de ponerse en pie, con una pluma en la mano derecha y el Acta de la Independencia de Guayaquil en la otra. El ademán byroniano y los ornamentos del pedestal indican claramente que se quiso celebrar el civilismo y la americanidad. El mismo año, el Cabildo quiteño empezó a fijar su consideración en la estatua que convendría erigir para el centenario de su “primer grito de la Independencia”, en agosto de 1909. El “Comité central ‘10 de agosto’” escogió por fin una figura femenina de la libertad con antorcha en la mano para señalar que aquel grito designaba a la ciudad como “luz de América”<sup>44</sup>. Quizás se explique por este mismo afán la inauguración anticipada del monumento, obra de los italianos Adriático Frioli y Lorenzo Durini, ¡en 1906!

#### Las “promesas del Centenario” o ¿cómo fijar la estética de la Nación?

Nos ha enseñado Frédéric Martínez cómo la celebración del centenario de la Independencia pudo constituir para Colombia, después de medio siglo de participaciones malogradas en las exposiciones universales, “la primera empresa oficial de difusión masiva de una identidad visual de la Nación”. Esta tentativa apuntaba a una síntesis ecléctica de “nacionalismo, catolicismo, modernismo industrial, hispanismo y exaltación de la Independencia”<sup>45</sup>, que reflejaba el ideario de la nación planteado por los gobiernos de la hegemonía conservadora. Así podía Miguel Triana saludar este programa con atinado entusiasmo: “Promesas del centenario: ¡Ale-

<sup>38</sup> A finales de los años setenta, periódicos como *La civilización católica*, *La libertad cristiana* o *El amigo de las familias* ya citaban frecuentemente a los siguientes autores: el abate Gaume, Monseñor de Segur, el R.P. Henry Ramière y Auguste Onclair.

<sup>39</sup> *Diario oficial*, Quito, 19 de febrero de 1889 y 10. de abril de 1889. En un folleto remitido a los ecuatorianos de París, el clérigo pedía la celebración del centenario por el partido monárquico del cual era un famoso representante.

<sup>40</sup> Véanse al respecto los numerosos artículos de *El Telegrama*, de Quito, en los meses de julio y agosto de 1889, pp. 138, 141, 169-170.

<sup>41</sup> Véase Esteva Grillet, Roldán. *Guzmán Blanco y el arte venezolano*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986, p. 191.

<sup>42</sup> Shael Martínez, Gabriela. *Historia de la estatua del Libertador en la Plaza Bolívar*. Madrid-Caracas: Villena, 1974, pp. 69-70.

<sup>43</sup> Véase Noboa Icaza, Luis. “El monumento a José Joaquín de Olmedo en Guayaquil”. En: *Revista del Archivo Histórico del Guayas*. No. 15. Guayaquil, junio de 1979, pp. 7-31.

<sup>44</sup> Véase Garcés, Jorge A. “El monumento a los próceres de la Independencia”. En: *Revista del Archivo Nacional de Historia*. No. 17. Quito, 10 de agosto de 1968, pp. XVI-XVIII.

<sup>45</sup> Martínez, Frédéric. “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910”. En: Sánchez Gómez, Gonzalo y Wills Obregón, María Emma (compiladores). *Museo, memoria y nación*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000, pp. 330-331.

luya!”<sup>46</sup>. Bien marcado aparece entonces el contraste con el espíritu que animaba la Exposición Nacional de Quito, el año anterior. El presidente Eloy Alfaro había puesto el centenario del 10 de agosto al servicio del ferrocarril y de la industria bajo el estandarte de un republicanismo radical hostil a los “últimos restos del tradicionalismo, tan opuesto a la ventura nacional”<sup>47</sup>. Más allá de esta coincidencia de los contrarios, se constata que la generación del centenario quiso plasmar la configuración de una Nación inmutable, como se hubiera hecho con un paisaje en una placa fotográfica.

A cada nación correspondía una personalidad geográfica que era menester revelar. Si la corografía minuciosa de las regiones estaba de actualidad, al compás de la empresa de Vidal de la Blache en Francia, regía más bien la búsqueda de elementos naturales que tradujesen el alma nacional. Los ecuatorianos celebraron muy temprano el “sagrado pendón de los volcanes” que asociaron a la victoria del Pichincha<sup>48</sup>, echando los cimientos de un “andinismo” jamás desmentido después. Son elocuentes al respecto los paisajes que dejó pintados el ambateño Luis A. Martínez: hacían sentir a José Gabriel Navarro un “cruel, omnipotente y espantoso determinismo obrando sobre la pobre humanidad”<sup>49</sup>. En cuanto a los colombianos, hicieron del Salto del Tequendama su talismán telúrico: si la generación de la Independencia decía maravillas del perpetuo arco iris que surgía de sus aguas en concordancia con el “manto de Iris” que les servía de bandera nacional, la generación del centenario prefirió disertar sobre la fuerza hidroeléctrica de donde surgiría la prosperidad del país<sup>50</sup>. Pero el ejemplo más claro de

estas definiciones espiritualistas de la nación sigue siendo, a mi parecer, el acontecimiento representado en 1914 por el estreno en Caracas de la zarzuela criolla, *Alma llanera*. De esta pieza en un solo cuadro, la posteridad no conservó sino un aire de joropo del cual se puede considerar que constituye hoy en día el “himno popular de Venezuela”<sup>51</sup>. Así se vio reducida el alma del país a una de sus componentes, la civilización de los llaneros, con exclusión de los Andes y el Caribe.

En su afán de regenerar el tiempo, y de figurar definitivamente dentro del concierto de las naciones civilizadas, esta generación abrigó también la ilusión de una historia positiva capaz de alzarse al rango de “instrumento de cultura social (...) *indispensable en una sociedad democrática* que trabaja por su progreso y por el mejoramiento de las multitudes”<sup>52</sup>. Para conseguirlo, se crearon la academias nacionales de historia en los tres países: hacia 1888 en Venezuela, 1902 en Colombia y 1909 en el Ecuador. Empezó la industriosa labor de establecimiento de los *corpus* documentales de la historia patria. Luego, varios manuales escolares salieron a luz, algunos de los cuales servirían de vulgata durante buena parte del siglo: el de Henao y Arrubla<sup>53</sup>, en Colombia, puede ser comparado con el *Petit Lavis* francés (1882-1912). En 1910, Miguel Triana retrataba el imaginario nacional de sus paisanos: “¿Quién de nuestros compatriotas ha dejado en su infancia de formar en la mente una leyenda fantástica y brillante con las glorias de Bolívar, la abnegación de *La Pola* [Policarpa Salavarrieta], el sacrificio de Ricaurte, la inmolación del Sabio [Caldas] y la bravura del llanero?”<sup>54</sup>. Poco más o menos, esta enumeración correspondía al listado de los

<sup>46</sup> Triana, Miguel. *Revista de Colombia*, No. 7-8. Bogotá, 15 de agosto de 1910, pp. 193-196.

<sup>47</sup> Alfaro, Eloy. “Mensaje al Congreso” del 25 de septiembre de 1909. Citado por Andrade, Roberto. *Vida y muerte de Eloy Alfaro* (Nueva York, 1916), reed. Bogotá: El Conejo, 1985, p. 416. Véase también: Vásquez Hahn, María Antonieta. *El Palacio de la Exposición*. Quito: CCE, 1989, pp. 9-66.

<sup>48</sup> “Una faja de cielo, sangre y oro: el sagrado pendón de los volcanes”. En: Román, Aurelio. “La victoria de Pichincha” (poema). *Revista de la Sociedad jurídico-literaria*. Quito, mayo de 1903, p. 302.

<sup>49</sup> Véase “El paisaje nacional y Luis A. Martínez”. En: *La Ilustración ecuatoriana*. No. 16, Quito, diciembre 1 de 1909, pp. 273-275.

<sup>50</sup> Triana, Miguel. “Influencia de las cascadas”. En: Triana. Ob. cit., No. 1, abril 30 de 1910, pp. 6-12.

<sup>51</sup> Es obra del aragüeño Rafael Bolívar Coronado (1884-1924) y del compositor guaireño Pedro Elías Gutiérrez (1870-1954). Véase Misle, Carlos Eduardo. *Alma llanera, himno popular de Venezuela*. Caracas: Caremis, 1984, p. 32.

<sup>52</sup> Vergara y Velasco, Francisco J. *Tratado de metodología y crítica histórica y elementos de cronología colombiana*. Bogotá: Imprenta eléctrica, 1907, p. 125.

<sup>53</sup> Henao, Jesús María y Arrubla, Gerardo. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Bogotá, 1911. La última edición es de 1984.

<sup>54</sup> Triana, Miguel. En: Triana. Ob. cit., No. 9, 15 de septiembre de 1910, p. 257.

bustos que se acababan de disponer por todo Bogotá. Las fiestas del centenario, que habían convertido la ciudad en un “bosque de banderas”, dieron lugar el 24 julio a una apoteosis poco común: once señoritas descendientes de las ninfas que habían presenciado la entrada triunfal de Bolívar en septiembre de 1819, pusieron en la estatua de bronce del Libertador, a manera de corona, los laureles de oro con que la ciudad del Cuzco le había obsequiado después de la victoria de Ayacucho<sup>55</sup>.

#### Las metamorfosis del “héroe del siglo”

Gracias a incesantes cabalgatas y a un verbo que arrebataba a muchos, el Libertador había alimentado la ilusión de un “efecto de sujeto” del cual ningún monarca español había disfrutado jamás en América. Muerto ya el “Grande Hombre”, las estatuas de bronce de Bogotá y Caracas no podían suscitar sino el “efecto de presencia”<sup>56</sup> de un semidiós tutelar. Según lo escribió Germán Carrera Damas, el “culto de un pueblo” por su héroe se había sustituido poco a poco por “un culto para el pueblo”<sup>57</sup>. Ya estaba realizada la mutación en 1883, para el centenario de su natalicio. Cada país había instrumentalizado el evento en beneficio de una consolidación nacional. En Colombia, donde los adalides de una anhelada “Regeneración” empezaban a achacar al federalismo y a la impiedad, las pesadillas de una constante anarquía, el centralismo y el providencialismo del “padre y redentor de la Patria” fueron celebrados ampliamente<sup>58</sup>.

De igual manera, en Ecuador, los “restauradores” que acababan de derrocar al general Ignacio de Veintemilla asociaron el ideario centralista, como la figura del Libertador, a su proyecto “progresista” de “liberalismo católico”<sup>59</sup>.

En Venezuela, Guzmán Blanco confundió la apoteosis de Bolívar con la de su quinquenio (1879-1884)<sup>60</sup>. De manera que no había a finales del siglo XIX quien pusiese en duda el cumplimiento de la profecía hecha en 1825 por el cura de Pucará, el doctor José Domingo Choquehuanca: “Habéis fundado tres repúblicas que, en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua adonde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina”<sup>61</sup>.

En la estatua de bronce que se le había erigido en 1846, en la Plaza Mayor de Bogotá, Miguel Antonio Caro veía un ícono apropiado para incitar a los colombianos a llorar y cantar al Libertador “con pasmo religioso, en himno mudo”<sup>62</sup>. La espada inclinada y la “mirada en el suelo clavada” daban a la imagen la melancolía de los sueños quebrados. Esta romántica figura de “mártir” de la Patria, fue ajada en 1911 por un joven sociólogo venezolano que, en lo irreverente, presentaba afinidades con su coetáneo francés Augustin Cochin<sup>63</sup>. Según el criterio de Laureano Vallenilla Lanz, la naturaleza de la guerra de Independencia se asemejaba a la de una “guerra civil”<sup>64</sup>, y Bolívar había declarado la “guerra a muerte” de manera muy pragmática

<sup>55</sup> Triana, Miguel. En: *Ídem.*, No. 7-8, 15 de agosto de 1910, pp. 215-216.

<sup>56</sup> Véase Marin, Louis. *Le Portrait du Roi*. París: Éditions de Minuit, 1981, p. 300.

<sup>57</sup> Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar*. Tercera edición. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987, p. 290.

<sup>58</sup> Véase *Homenaje de Colombia al Libertador Simón Bolívar en su primer centenario, 1783-1883*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1884, edición facsimilar; y Bogotá: Plaza & Janés, 1983, pp. 447 y CXXVII.

<sup>59</sup> En 1883, se constituye el Partido Católico Republicano fundado en el ideario definido por Juan León Mera: se trataba de superar al ideario garciano al integrar al conservadurismo una serie de valores democráticos y libertarios. Quienes encarnaban en 1883 este afán de “tercer partido” eran Antonio Flores Jijón, José María Plácido Caamaño y Luis Cordero Crespo. Los tres llegaron sucesivamente a la magistratura suprema entre 1883 y 1895. Véase Hurtado, Osvaldo. *El poder político en el Ecuador*. Novena edición. Quito: Planeta y Letraviva, 1993, pp. 122-132.

<sup>60</sup> Véase Castellanos, Rafael Ramón. *Caracas en el centenario del Libertador*. Dos tomos. Caracas: Congreso de la República, 1983, “Guzmán Blanco y el centenario del Libertador, 1883”. En: *Catálogo de la Exposición del Concejo Municipal del Distrito Federal, 1983*. Caracas: Editorial Arte, 1983, p. 40.

<sup>61</sup> En esta fecha, las tres repúblicas eran: Colombia, Perú y la República Bolívar o sea Bolivia. Véase *Homenaje de Colombia al Libertador*. Ob. cit., p. 216.

<sup>62</sup> Caro, Miguel Antonio. “A la estatua del Libertador”. 1883. En: *Homenaje de Colombia al Libertador*. *Ídem.*, Sección de poesía, p. IV.

<sup>63</sup> Véase *Les Sociétés de Pensée et la Démocratie Moderne* (libro póstumo). París: Plon, 1921, p. 300.

<sup>64</sup> Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*. 1919. Caracas: Tipografía Garrido, tercera edición, 1952, p. 235.

para rescatar una causa que parecía naufragada. Al expresar su negativa a las “constituciones de papel” copiadas del extranjero, y deseoso de encarnar la “constitución orgánica” de su patria, el Libertador se había impuesto luego como “gendarme necesario” para contrarrestar la anarquía fomentada por el desarrollo de un nuevo tipo de vínculo social, el “feudalismo caudillesco”. Sin embargo, ya en 1826, su propia gloria le había impedido ser “el hombre representativo en ninguna de las nacionalidades” que iban a nacer del desmembramiento de la “Gran Colombia”. A Páez le dirían en 1830: “¡General! Usted es la Patria”.

Formulado así, el modelo del “cesarismo democrático” tuvo sorprendente resonancia en la Italia de 1930. El medievista Gioacchino Volpe, en el discurso que pronunció en presencia del *Duce* con ocasión del centenario de la muerte de Bolívar, no vaciló en establecer un paralelo histórico entre la Península italiana y la América hispánica. El *Risorgimento*, siguiendo los pasos de la Revolución de Independencia, había intentado acabar con la fragmentación territorial y social. Al reino de los “demagogos ambiciosos y de los jefes militares infieles”, Bolívar había sustituido luego una “organización militar en serio”. El Libertador, “criatura de su tierra”, había dado a Colombia “ya no los principios supremos, sino más bien leyes e instituciones y prácticas de gobierno”. La analogía con Mussolini era obvia: explicaba que “quizás en ningún país se le recuerda y honra con tan grande y tan íntimo consenso como en Italia”<sup>65</sup>. La Venezuela de Juan Vicente Gómez se acomodó de sobremanera de esta exaltación del “pan-latinismo” bajo la égida de Bolívar y del *Duce*. En Ecuador, al contrario, valorizando una imagen más auténtica del Libertador, el presidente Velasco Ibarra estableció, en noviembre de 1934, los primeros jalones de un plan de “civilismo populista”. Al año siguiente, el 24 de julio, tuvo el honor de inaugurar en Quito el “monumento al Libertador y

padre de la Patria”. Una suscripción nacional y un concurso internacional lo habían hecho posible. Su realización incumbió finalmente a Francia, y Velasco Ibarra pidió a los ecuatorianos que no vieran en este monumento el retrato del Libertador sino su “símbolo”: el símbolo del “horizonte de la justicia de los hombres y de la democracia de los pueblos”<sup>66</sup>.

#### DE LAS “COMUNIDADES IMAGINADAS” A LAS NACIONES AFECTIVAS (1920 A NUESTROS DÍAS)

##### La búsqueda de las profundidades

Es innegable que a principios del siglo XX se quiso institucionalizar la figura del Libertador en beneficio de una pedagogía de las masas. De no ser así, resultaría incomprensible el movimiento de fundación de las sociedades bolivarianas. La que se fundó en Ecuador en 1926, fue desde un principio una de las más activas, quizás porque la imagen del Libertador era en ese país menos polémica: Bolívar había amado a Quito y sus habitantes siempre le habían correspondido<sup>67</sup>. En 1935, el historiador colombiano Eduardo Posada expresaba de la siguiente manera la necesidad de multiplicar los “lugares de memoria” bolivarianos:

Ante la efigie de Bolívar no sólo callan nuestras pasiones políticas y todos nos unimos en su presencia, sino que ella es símbolo de amistad entre todos los pueblos americanos. (...) Por eso su imagen ha de estar siempre presente a nuestros ojos. Ella debe presidir, en mármol o en bronce, nuestros destinos en medio de las plazas públicas. Impresa en el lienzo debe estar velando nuestras asambleas, nuestras academias, nuestros cuarteles, nuestras aulas, y aun el santuario de nuestros hogares. Desde los altos palacios hasta las más humildes cabañas<sup>68</sup>.

No todos eran amigos de tal heroización en aquel entonces. Un joven ensayista como Germán Arciniegas se negaba a que una hazaña heroica

<sup>65</sup> Volpe, Gioacchino, “Simón Bolívar (1830-1930). Discurso en ocasión del Centenario de su nacimiento pronunciado en la Real Academia de Italia el 17 de diciembre de 1930. Roma, 1931”. Citado en: Filippi, Alberto. *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, “Risorgimento”, Fascismo*. Caracas: BANH, 1987, pp. 151-155.

<sup>66</sup> “Discurso del señor Presidente del Ecuador”, 24 de julio de 1935, *El Comercio*, Quito. Citado en: *Revista de la Sociedad bolivariana*. No. 7, Bogotá, septiembre de 1935, p. 597.

<sup>67</sup> Ayala Mora, Enrique. *El bolivarianismo en el Ecuador*. Quito: Corporación editora nacional, 1991, p. 100.

<sup>68</sup> Posada, Eduardo. “La obra de Bolívar”. En: *Revista de la Sociedad bolivariana*. No. 6, Bogotá, agosto de 1935, p. 585.

permitiera a un grupo de países ahorrarse el trabajo de las largas maduraciones del camino hacia la democracia. Cuando se deja cautivar por esta ilusión, “a Bolívar se le rompe entre las manos, como si fuera un globo de vidrio, el pequeño mundo que fue la Gran Colombia”<sup>69</sup>. Era preciso devolver el héroe a su pueblo y despojarle del discurso conservador que acentuaba su pesimismo con respecto al destino de América para justificar el inmovilismo social de la misma. Siguiendo las huellas de los ensayistas de principios del siglo –por ejemplo, el venezolano Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927) o el colombiano Baldomero Sanín Cano (1861-1957)<sup>70</sup>–, la sensibilidad de Arciniegas coincidía con el espiritualismo de Unamuno que despreciaba “la espuma que reverbera al sol”, esa “superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros”, para ensalzar las profundidades del mar, la “vida intra-histórica”<sup>71</sup>. Así se puede traer a cuenta el proyecto trazado por Arciniegas en 1940 de redactar una “historia natural” del Nuevo Mundo, una “historia vulgar”, en el sentido de la voz latina, que por fin tome en cuenta a la multitud sin nombre: la peonada andaluza de la Conquistista, los *Comuneros* de 1780, los indígenas y las mujeres<sup>72</sup>.

El ensayo le estaba robando a la historia oficial la capacidad de expresar un mensaje. Cabe añadir que frente a las pretensiones del mundo anglosajón, se veía sustituida la reflexión sobre las identidades nacionales por una búsqueda de la

identidad hispanoamericana. Al procurar desentrañarla, el venezolano Rufino Blanco Bombona (1874-1944) quiso devolver su dignidad a los criollos, señalándoles a la vez la comunidad de cultura que mantenían con España<sup>73</sup>. De paso, denunció la “barbarocracia”<sup>74</sup> de Juan Vicente Gómez, que le había sustraído dos de sus más valientes manuscritos: *Historia de Bolívar y de la revolución de América* y una *Vida de Bolívar*<sup>75</sup>. De igual manera, su compatriota Mariano Picón-Salas (1901-1965) se planteó el problema de las bases culturales de un “verdadero pensamiento nacional que ayudara a la edificación democrática”<sup>76</sup> antes que abrir el campo a una reflexión que abarcara a la América en su conjunto<sup>77</sup>. De modo que, en la primera mitad del siglo XX, se pudo apreciar la siguiente discordancia: la búsqueda de las profundidades había exhumado a la par el legado indígena y el orgullo de la estirpe hispánica patente desde entonces en la afición por la “fiesta de la Raza” del 12 de octubre. Bien parece encarnar esta paradoja la figura del “indio Sancho”<sup>78</sup> que adornó el pabellón colombiano durante la feria iberoamericana de Sevilla, en 1929.

#### Las memorias en contra de la historia

De hecho, las figuras de la nacionalidad que circulaban en los años cuarenta remitían a estereotipos literarios: la bravura venezolana de las *Lanzas coloradas* (1931) de Arturo Uslar Pietri, el fatalismo ecuatoriano tal como se expresa en el *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza, y el quijotismo

<sup>69</sup> Arciniegas, Germán. *América, tierra firme*. Santiago: Ediciones Ercilla, 1937, p. 273.

<sup>70</sup> El espiritualismo de Manuel Díaz Rodríguez, por su carácter melancólico y prohispánico, se aparta por naturaleza del de Arciniegas. Por el contrario, el planteamiento liberal de Sanín Cano, orientado hacia una renovación cultural que valora lo genuino, ha constituido un verdadero magisterio para él.

<sup>71</sup> Unamuno, Miguel de. *En torno al casticismo*. Buenos Aires-Méjico: Colección Austral, Espasa Calpe, tercera edición, 1952, p. 27.

<sup>72</sup> Arciniegas, Germán. “Defensa de la historia vulgar”. En: *Sur*. No. 75. Buenos Aires, diciembre de 1940.

<sup>73</sup> Véase entre una fecunda producción: *La evolución política y social de Hispanoamérica*. Madrid: Editorial Bernardo Rodríguez, 1911, p. 156; *Motivos y letras de España*. Madrid: Editorial Renacimiento, 1930, p. 345.

<sup>74</sup> Véanse Blanco Bombona, Rufino. *Judas capitalino*. Chartres: Edmond Garnier, 1912, p. 292; Blanco Bombona, Rufino. *La máscara heroica* (Escenas de una barbarocracia, novela). Madrid: Mundo latino, 1923, p. 286.

<sup>75</sup> Véase Blanco Bombona, Rufino. *Camino de imperfección, Diario de mi vida, 1906-1913*. Madrid: Editorial América, 1933, pp. 185 y 372.

<sup>76</sup> Delprat, François. “Lo nacional en la *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, 1938-1939”. En: *América*. No. 4/5. París: Publicaciones de la Sorbonne Nouvelle, 1990, p. 244.

<sup>77</sup> Véase *De la Conquista a la Independencia; tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México: FCE, 1944, p. 255.

<sup>78</sup> Esta cabeza de piedra fue encargada a Ramón Barba (escultor español radicado en Bogotá desde 1925) por el artista colombiano Rómulo Rozo que estaba a cargo del pabellón y lo quería ornamentar con motivos precolombinos. El rostro de Sancho salió con “marcados rasgos indígenas”. Véase Medina, Álvaro. “La revista Universidad y el arte moderno colombiano”. En: *América*. No. 4/5, Idem., p. 221.

colombiano del *Caballero de El Dorado* (1938) de Germán Arciniegas. Luego, tentativas más rigurosas intentaron dibujar los contornos de la personalidad nacional. Permítaseme citar la obra de José Gabriel Navarro para Ecuador, la de Pedro Grases para Venezuela o la de Jaime Jaramillo Uribe para Colombia. Empero, el éxito en 1989 de la novela de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, demuestra el grado de superior legitimidad para narrar la historia a que se han hecho acreedores los literatos frente a los mismos profesionales de la disciplina. Se debe esta situación a un doble fenómeno: el desprecio creciente a la historia oficial que siguen elaborando las academias nacionales de Historia y la desmesurada impaciencia de los jóvenes historiadores formados en el extranjero por aplicar a su contexto una “revolución historiográfica” radical. La violencia de los argumentos de la disputa que tuvo lugar en Colombia a principios de los años ochenta, recalca la dificultad de aislar el discurso histórico de toda contienda política<sup>79</sup>. Baste con evocar también los debates que suscitó la tentativa de historicización de la “teología bolivariana”<sup>80</sup> emprendida en Venezuela por Luis Castro Leyva. La *Nueva historia del Ecuador*, concluida en 1996, no desencadenó similar violencia aunque la ambición fue también la de acabar con “reyes y batallas” en beneficio de un discurso que diiese cuenta de la “vida del pueblo”<sup>81</sup>.

En los tres países, es innegable que dos tipos de memorias –que han estado represadas por períodos muy largos– son hoy objeto de una cristalización simbólica. En primer lugar, el apego a las patrias chicas que, si bien no desapareció nunca, se traduce ahora en una abundancia desmesurada de banderas y folclores locales, muchos de los cuales de invención muy reciente. Tal movimiento remite a menudo a miras geopolíticas: Guayaquil se pronunció hace poco por una autonomía política de la cual se ha visto frustrada desde 1822; Maracaibo, por razones de similar índole, dio sufragios a Francisco Arias Cárdenas durante las elecciones presidenciales venezolanas; Medellín y Barranquilla sueñan con

emanciparse de una capital andina lejana. En segundo lugar, hace falta considerar la exhumación de las memorias étnicas. A título de ejemplo, el sentimiento indigenista que existe en Ecuador ha dado lugar a un auténtico esfuerzo de simbolización. En Sangolquí, el 12 de octubre de 1994, se inauguró un monumento dedicado a la “Resistencia”, bajo forma de una estatua del general inca Rumiñahui. Oswaldo Guayasamín adornó su obra de un “sol móvil” suspendido entre dos columnas en figura de lanzas con el fin de representar el alma precolombina y el heroísmo del combate contra los conquistadores<sup>82</sup>. Luego, en marzo de 1995, se inauguró en Quito una estatua del Emperador Atahualpa con el índice de la mano izquierda dirigido hacia el suelo para significar que “esta tierra es nuestra”, en palabras de su creador, Alexei Shmacov<sup>83</sup>.

Si estas dos obras expresan un mensaje de reivindicación, el significado del “año jubilar del nacimiento de Atahualpa, gestor de la nacionalidad ecuatoriana” permanece ambiguo: ¡Fue ocasión en 1997 de un *Te Deum* en la catedral de Quito en honor al “primer bautizado entre nuestros aborígenes”, y de la ejecución por la Banda Sinfónica Municipal de la obra del maestro Luis Humberto Salgado: “El ocaso de un imperio”!<sup>84</sup> ¿Deberá considerarse, tal vez, como más legítimo el renacer del ritual del solsticio de verano, el *Inti Raymi*, organizado por los movimientos indígenas? En octubre de 1994, el representante de la Conaie, Luis Macas, entregó al Congreso un proyecto de reforma constitucional que definía a Ecuador como “un país plurinacional, pluricultural y plurilingüe, que reconoce, protege, respeta y desarrolle su diversidad cultural” en vez de “un Estado soberano, independiente, democrático y unitario”, como aparece en el artículo primero de la Constitución<sup>85</sup>. En rigor, grande debió de ser el anhelo de seguir el ejemplo colombiano, que aparece en el artículo 7 de la nueva Constitución Nacional de 1991, en donde “el Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación”. Para esta última, el abandono de la Constitución de 1886 significó, entre

<sup>79</sup> Véase Colmenares, Germán. “La batalla de los manuales en Colombia”. En: *Lecturas dominicales*, *El Tiempo*. Bogotá, 9 de abril de 1989.

<sup>80</sup> Castro Leyva, Luis. *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas: Monte Ávila, 1987, p. 244.

<sup>81</sup> Landázuri, Carlos. *El Comercio*. Quito, 5 de febrero de 1996.

<sup>82</sup> Hoy. Quito, 28 de mayo de 1994; *El Comercio*. Quito, 19 de junio de 1994.

<sup>83</sup> *El Comercio*. Quito, 16 de marzo de 1995.

<sup>84</sup> Salvador Lara, Jorge. “500 años del natalicio de Atahualpa”, *El Comercio*. Quito, 21 de marzo de 1997.

<sup>85</sup> *El Comercio*. Quito, 22 de octubre de 1994.

otras cosas, la renuncia a una lógica de integración, bajo la égida del catolicismo, en beneficio de la aceptación tácita del multiculturalismo<sup>86</sup>. No tuvieron otra fuente de inspiración los debates de la Asamblea Constituyente ecuatoriana, a mediados de 1998.

#### Hacia una conciencia patrimonial de la Nación

En consecuencia, los años noventa permanecieron sinónimos en Colombia del florecer de múltiples reivindicaciones identitarias. Por parte de los “afro-colombianos” de ambas costas, cuya “invisibilidad” ya no es de rigor, y por parte de los indios a través del proceso de las Entidades Territoriales Indígenas, ETI. Fabio López de la Roche apuntó lo peligroso de esta patrimonialización de la Nación, si no supone un diálogo intercomunitario y una definición positiva del lugar que cada uno ha de ocupar en el seno de la patria: “¡Que la tradición no se nos vuelva una camisa de fuerza!”<sup>87</sup> En Quito, el asunto se plantea con gravedad desde la quiebra a mediados de los noventa del proyecto de “Casa de la Cultura Ecuatoriana”. Este organismo, fundado en 1944, tres años después de la penosa derrota frente al Perú, obedecía a la consigna de Benjamín Carrión de “volver a tener patria”<sup>88</sup>. La “ecuatorianidad”, en cuanto ideología oficial de la nación mestiza, se ve zapada cada día más. Es de añadir, siguiendo uno de los artículos de Enrique Ayala Mora publicado en el diario *El Comercio* en 1997, que en Ecuador ha tenido lugar una “privatización de la cultura”<sup>89</sup>. El fenómeno ha de vincularse con la toma de conciencia progresiva del interés económico que representa el rescate del patrimonio.

Paradójicamente, el terremoto de marzo de 1987 sirvió al respecto de ímpetu salvador. Diez años después, los quiteños pudieron medir el camino recorrido: no se contaban los edificios rehabilitados ni las fundaciones de museos. Empero, fuera de toda lógica, esa fecha marcó el momento preciso en que numerosos monumentos públicos empezaron a padecer injurias volun-

tarias: la estatua del conquistador Belalcázar perdió su espada, las placas de varias estatuas fueron robadas, y los pedestales de los libertadores Bolívar y Sucre resultaron maculados de pintura. Además, nadie parecía advertir que la estatua de Colón llevaba varios años sin cabeza mientras que se iba restaurando la mínima parcela del casco antiguo de la ciudad. ¿Será que iban emparentados los progresos de la conciencia patrimonial con una desacralización creciente del imaginario nacional-republicano? Ésta, sin embargo, se hace intolerable si la alienta el extranjero: así es que la exhibición en la *Hayward Gallery* de Londres de un cuadro del chileno Juan Domingo Dávila, bajo el patrocinio del Ministerio de Educación de Santiago, provocó unánime escándalo en 1994. No sólo se enseñaba al Libertador con atributos femeninos sino que muy obviamente hacía un gesto obsceno con la mano izquierda. Si las tres embajadas de los países del arco iris protestaron colectivamente, la de Venezuela destacó por su virulencia al denunciar en un comunicado de prensa “una campaña orquestada de des prestigio en contra del más sagrado valor de nuestra nacionalidad”<sup>90</sup>.

Llegamos aquí al problema esencial de la intangibilidad de los símbolos nacionales. En 1963, la inauguración en Pereira de la estatua del “Bolívar desnudo” de Rodrigo Arenas Betancur había sido fuente de polémica en los tres países. *El Espectador*, y luego *El Tiempo*, publicaron a la sazón una declaración del artista en la cual confesaba que no “podía concebir un Bolívar uniformado, reluciente, encartuchado con uniformes napoleónicos para colocarlo en alguna plaza de algún pueblo de este continente, tan ayuno de libertad y tan sobrado de dictadores, de militarotes, de espaldones de opereta. Mi Bolívar, es, pues, una protesta contra las dictaduras”<sup>91</sup>. De igual modo, en 1988, Guayasamín colocó el mural “Ecuador: frustración y esperanza”, que pintó para la sala de sesiones del Congreso en Quito, bajo el lema de “Todo menos la dictadura”.

<sup>86</sup> Wills Obregón, María Emma. “De la nación católica a la nación multicultural: rupturas y desafíos”. En: *Museo, memoria y nación*, Ob. cit., pp. 385-415.

<sup>87</sup> López de la Roche, Fabio. “Multiculturalismo, viejas y nuevas memorias y constucciones de nacionalidades”. En: Ídem., p. 381.

<sup>88</sup> Carrión, Benjamín. “Décima sexta” y “Décima septima” (*El Día*, 1943). En: *Cartas al Ecuador*. Quito: B.C.E. y C.E.N., 1988, pp. 154-168. Retomaba así el grito de la España del 98, lanzado por el aragonés Joaquín Costa.

<sup>89</sup> *El Comercio*. Quito, 11, 24 y 31 de enero de 1997.

<sup>90</sup> *El Comercio*. Quito, 13 de agosto de 1994.

<sup>91</sup> *El Tiempo*. 29 de agosto de 1963. Citado en Tisnés, Roberto María. “El Bolívar de Arenas Betancur”. En: *Revista bolivariana*, No. 72, Bogotá, mayo-agosto de 1963, pp. 96-98.

Al mensaje de Dolores Cacuango escrito en letras grandes, se sumían los de Eugenio Espejo “Un día resucitará la Patria” y de Simón Bolívar: “Crear del nuevo mundo una sola nación”. Y no vaciló para nada en hacer figurar claramente la inscripción “CIA” en un casco de corte nazi, mientras que el panteón nacional se encontraba expurgado en función de una interpretación indigenista y radical del destino ecuatoriano<sup>92</sup>. Fue inmenso el malestar consecuente, no sólo por la injuria a los Estados Unidos sino, más bien, por el hecho de que al discriminar la tradición conservadora se negaba la vocación pluralista del Congreso.

Al contrario, los venezolanos por ser muy cuidadosos del carácter sagrado de sus emblemas nacionales, parecen más recelosos en cuanto a posibles defraudaciones públicas. En 1997, una comisión parlamentaria encargada de la reforma de la Ley del Sufragio prohibió estrictamente el uso de la efigie del Libertador y de los símbolos patrios con fines electorales<sup>93</sup>. Tal medida apuntaba más al Movimiento V República de Hugo Chávez que al partido Acción Democrática que utilizaba los colores nacionales en sus carteles. El mismo año, un debate público tuvo lugar también en Venezuela a propósito del arreglo musical del himno nacional que cantaba Ilan Chester. A raíz de la petición que dirigió la Sociedad bolivariana al presidente Rafael Caldera para que prohibiera su difusión, el periódico *El Nacional* se hizo el intérprete de numerosos mensajes recibidos por Internet a favor de esta adaptación. La mayor parte insistía en que el himno era de todos, que los jóvenes encontraban este arreglo más alegre que la versión marcial inculcada en la escuela y que, en consecuencia, ya no apagaban el televisor cuando lo oían tocar. Mientras que un periodista lamentaba “qué daño le ha hecho a los símbolos y

a la Patria ese concepto represivo del amor obligatorio que tenemos que sentir por los símbolos patrios”, un lector ironizaba:

Los problemas del país no se resuelven guindando un cuadrito bonito de Bolívar detrás de nuestro escritorio y una banderita en la puerta de nuestras casas. En los países desarrollados la ‘caricaturización’ de sus héroes forma parte del humor de todos los días<sup>94</sup>.

Para quien necesite convencerse de que en este campo se adelantó Colombia, basta con mirar las *Nuevas lecciones de histeria de Colombia* de Daniel Samper Pizano<sup>95</sup> o, más sencillamente, la caricatura del escudo nacional que dibujó Mico para *Cambio 16* en septiembre de 1997<sup>96</sup>. El cóndor, símbolo de la legitimidad, se encuentra sustituido por un sapo, símbolo de cobardía y de astucia, mientras que la divisa “Libertad y Orden” se encuentra remplazada por la de “Libertad y miti-miti”... Un mendigo remplaza al símbolo nacional de la granada, y pide una limosna delante de una cornucopia que no esparce monedas de oro ni frutas tropicales... Sustituyen al gorro frigio los tocados de un guerrillero y de un mafioso, así como el pasamontañas de un paramilitar. Por fin, se ve adornado el canal de Panamá con la pancarta: “Fuera”. Por lo contrario, no son objeto de burla alguna los cuatro estandartes del Iris de Colombia que sostienen el escudo.

## CONCLUSIONES

Esta última consideración nos permite concretar la paradoja vigente hoy en día en Colombia, Ecuador y Venezuela. Si es bien cierto que a muchos de sus nacionales les ha dado por hacer irrisión del dispositivo narrativo e icónico de la historia oficial<sup>97</sup>, se puede comprobar de igual

<sup>92</sup> El mural aparece dividido en tres partes básicas. Según el propio Guayasamín: “La parte simbólica tiene en el centro el cóndor, y las manos que tratan de llegar angustiosamente a la luz. Éste es el sol de la región de Quito”. Luego “está representada la parte positiva de la historia”: Vicente Rocafuerte, José Peralta, Juan Montalvo y Eloy Alfaro. En cuanto a quienes figuran en “la parte negativa” de la historia: Juan José Flores, García Moreno y Velasco Ibarra cuyos rostros están entremezclados y pintados de color negro. *Véase* la entrevista en el *Hoy*. Quito, 5 de agosto de 1988.

<sup>93</sup> *El Nacional*. Caracas, 9 de junio de 1997.

<sup>94</sup> Ídem., 15 de marzo de 1997.

<sup>95</sup> Samper Pizano, Daniel. *Nuevas lecciones de histeria de Colombia*. Dos tomos. Bogotá: El Áncora editores, 1993 y 1994.

<sup>96</sup> “El mono de Mico”. *Cambio 16*, No. 224, Bogotá, 29 de septiembre de 1997, p. 9.

<sup>97</sup> En una obra que tuvo mucha acogida (*Señas particulares*. Quito: Sexta editores, Eskeletra, 2000, p. 347), Jorge Enrique Adoum ha intentado dibujar los contornos de esta autoirrisión. El postfacio de esta sexta edición del libro confiesa cierto remordimiento de haber contribuido a ello. Al haber hecho irrisión de los símbolos de la nación ecuatoriana con un cinismo *de bon ton*, sólo queda espacio entonces para un Credo: “Creo en un país...”.

modo que esta misma gente no se atreve casi nunca a burlarse de la bandera tricolor del arco iris que los tres países han heredado en común. Equivale a decir que, al parecer, todo funciona como si desearan ahogar los signos de una tradición inventada en beneficio de una relación afectiva con una desvanecida “Grande Nación”. ¿Acaso, pues, tengamos que interpretar esta actitud como la expresión de una nostalgia de la Patria bolivariana en menosprecio del modelo del Estado-Nación que le sucedió? Entre otros, el presidente Hugo Chávez y las FARC han sabido sacar ventaja de este “murmullo memorial” que valoriza la estética de la libertad de los antiguos. A todos ellos cabe decirles que son aún más numerosos los que aspiran ahora a una especie de *Devotio moderna* con respecto a Simón Bolívar. Las estatuas de barro y madera del prócer máximo que los artistas venezolanos confeccionan, ¿no indican la vía de una piedad íntima y sonriente?<sup>98</sup>

En Colombia y en Ecuador, la acogida creciente reservada a una pluralidad de memorias bien parece indicar el paso de una “conciencia nacional de tipo unitario a una conciencia de sí de tipo patrimonial” como Pierre Nora señaló para Francia hace algunos años<sup>99</sup>. En Colombia, las urgencias de la guerra empujaron al gobierno a fundar una “Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro” con el fin de tra-

tar de resolver, cuanto antes, la difícil ecuación de una nación que sea a la vez pluricultural y unitaria. Por este motivo, en noviembre de 1999, el Museo Nacional de Colombia decidió presentarse en adelante como un “Museo-sociedad” en vez de un “Museo-galería” que exhiba los símbolos de una república asociada con los valores de una “nación blanca y masculina”<sup>100</sup>. En Ecuador, el conflicto armado de 1995 contra el Perú proporcionó la ocasión de confortar la cohesión nacional en torno a la figura de Sucre gracias a la coincidencia del bicentenario de su natalicio. Además, la victoria de Túpac Amaru II sobre los peruanos parecía actualizar la del Mariscal en Tarqui, en febrero de 1829. A estas alturas, mejor se entiende cómo la decisión del gobierno de Jamil Mahuad de abandonar el símbolo monetario asociado a Sucre se volvió contra él y contribuyó a su propio derrocamiento el 21 de enero de 2000. Sin embargo, tenemos que formarnos el concepto vivo de que los indios que se apoderaron del palacio presidencial erigieron al lado del “Iris de Colombia”, que llevaban los jóvenes oficiales rebeldes del ejército, el *huipala*, “la verdadera bandera del arco iris”, cuyas siete franjas horizontales se proponen representar la comunidad de los pueblos indígenas. ¿Habrá cambiado de naturaleza el brillo de Quito, la “luz de América”?

<sup>98</sup> Véase Venezuela. *De L'art Populaire à L'art Contemporain*. Boulogne-Billancourt: Éditiones Sepia, 1995.

<sup>99</sup> Nora, Pierre. “L'ère de la Commémoration”. En: *Les Lieux de Mémoire*. Tomo III. París: Gallimard, volumen 3, 1993, p. 992.

<sup>100</sup> Cuervo de Jaramillo, Elvira. “Acta de clausura del Simposio Internacional: Museo, memoria y nación”. En: *Museo, memoria y nación*. Ob. cit., pp. 481-82.